



Poesía y filosofía

LUIS BELTRÁN ALMERÍA, ANDRÉS ORTIZ-OSÉS, JOSÉ LUIS RODRÍGUEZ GARCÍA,
FERNANDO ROMO FEITO, CON UN PRÓLOGO DE JOSÉ ANTONIO ESCRIG APARICIO

Madrid, Calambur, 2015, 232 pp.

reseña de Giuliana Calabrese

«Vivimos en los tiempos de la prosa. El afán de pensar en lo poético es cuando menos curioso» (p. 9). La afirmación de José Antonio Escrig Aparicio, que prologa el libro de los cuatro buenos profesores, es muy acertada si nos referimos no tanto a los muchos poemarios y relativos estudios críticos que se publican cada año, sino a la poesía como género que les permite a los hombres reflexionar y meditar precisamente sobre su condición de seres humanos. La que se lleva al cabo en estas páginas es una conversación meditativa trascendental –para ir adentrándose en lo filosófico– y no inmanente: no se trata de discutir sobre la mayor o menor fortuna de ejemplos poéticos concretos, sino de seguir afirmando la utilidad de la poesía como instrumento para el conocimiento. Como el mismo título sugiere, a fin de cuentas se trata de dar un paso más en un camino que conecta poesía y filosofía desde hace más de tres siglos.

Cada uno desde su propio punto de vista (genealógico, hermenéutico, cultural o estético), los cuatro autores proponen reflexiones que parten de la pregunta común sobre qué es poesía (y qué es poesía hoy) hasta llegar a la preocupación por los límites de la poesía y, sobre todo, por su futuro.

El primero de los ensayos que componen el libro, *Genealogía de la poesía*, de Beltrán Almería, tiene como objeto precisamente

el devenir del género poético. Definiendo la poesía como concepto misterioso, como harán también Ortiz-Osés –remitiéndose a Federico García Lorca– y Romo Feito, Beltrán Almería se propone perfilar una genealogía de la poesía empezando por su dimensión musical y condensando su historia y su futuro en unas pocas palabras tan solemnes como contundentes: «Su origen va ligado a la música y su destino es la prosa», ya que «la poesía es un fenómeno de naturaleza evolutiva, que va camino de una futura extinción» (p. 18). El catedrático explica cómo la poesía ha ido alejándose progresivamente de los cantos primitivos de la cultura paleolítica y del ámbito popular de las fiestas, trasladándose también de la dimensión oral a la escritura. Sería precisamente esta última transición la que a partir de la época moderna favorece mayores reflexiones sobre la identidad humana: «la poesía escrita se desplaza del campo del entretenimiento al del pensamiento, en concreto a lo que hoy suele llamarse la hermenéutica del sujeto» (p. 23). La poesía, por lo tanto, se convierte en uno de los primeros instrumentos del hombre para reflexionar sobre sí mismo, sobre todo a partir del momento moderno de la «escenificación del drama de la identidad» (p. 27), cuando una de las pocas seguridades que se tienen es que “yo es otro”. De esta manera, empieza a esbozarse el primer acercamiento entre poesía y filosofía: «la

poesía es un lenguaje de una forma peculiar de meditación» (p. 32), afirmación que podría tener escasa validez a partir del siglo XX, cuando se cuestiona la teoría de la autoexpresión poética ya que el sujeto que funda la poesía es un personaje ficcional que no debe confundirse con el autor. Beltrán Almería explica que este gran debate sobre el sujeto poético y su lenguaje se podría comprender solo en términos evolutivos o genealógicos y considerando la poesía como mediación entre dos polos: lenguaje y pensamiento, es decir, sensibilidad retórica y sensibilidad filosófica. El mayor encargo de la poesía, sin embargo, tendría que ser en opinión de Beltrán Almería el de «reunir los tres grandes estadios de la imaginación –pasado, presente y futuro– en la medida de sus posibilidades y crear un discurso superior a partir de la esencia de todo el proyecto humano» (p. 36).

De cierta manera, también Ortiz-Osés, autor del segundo ensayo, *La contuición poética*, considera la poesía como fusión simultánea de estados alejándose del concepto moderno de intuición y defendiendo el concepto más adecuado de contuición: «un auténtico conocimiento simbólico que coagula lo simbolizado y el simbolizante, el significado y la significación [...] el logos y el mythos, la razón y el eros» (p. 62), «una aprehensión simultánea de los contrarios, contrastes o diferentes, ya que percibimos la realidad y su transrealidad [...], un conocimiento hermenéutico interpretativo» (p. 81). A través de la contuición poética –«el conocimiento visual directo de lo real» (p. 62) y no la simple impresión de realidad favorecida por la mera intuición–, la poesía puede dejar un surco (*versus*) y encontrar una manera para intervenir metafóricamente en el mundo. La contuición, de hecho, podría favorecer la misma reflexión hermenéutica ya sugerida por Beltrán Almería, sobre todo en la situación actual, en la que «la poesía silencia el ruido del mundo, un ruido que amenaza el silencio

del ser en nombre del tener o el silencio del estar en nombre del haber» (p. 58). El simbolismo alcanzable gracias a la contuición, le permite al sujeto «desujetarse de su adscripción al reino reificado de las cosas» (p. 72) recuperando su voz y su esencia personal. Enriqueciendo todo el ensayo con iluminadores poemas suyos, también Ortiz-Osés, por lo tanto, sostiene que la poesía se acerca a la filosofía porque le permite al sujeto indagar sobre el sentido existencial de las cosas, y todo esto a través del lenguaje simbólico, que involucra al hombre con el mundo y al mundo con el hombre y que «nos representa y dice [...] significativamente» (p. 89); se trata de un camino de ida y vuelta que posibilita el diálogo abierto entre nuestra subjetividad y la objetualidad del mundo. Es un «límite abierto y no cerrado: un límite que nos abre a un silencio ascético-místico, el cual simboliza la trascendencia respecto al mundo de nuestra inmanencia» (p. 88). Esta reflexión del sujeto sobre sí mismo a través del lenguaje poético se sitúa en la misma dimensión de reunión temporal ya explicada en el primer ensayo, ya que «en la poesía hay un impulso por recoger el devenir del tiempo y sobrepasarlo transtemporalmente en una especie de espacio simbólico» (p. 96).

Ya en el primer ensayo la poesía se ha desplazado de un ámbito colectivo a uno más individual, que Ortiz-Osés ha ido profundizando en su discurso. En el capítulo a cargo de Rodríguez García, *Poesía, sociedad y 'nosotros'*, de cierta manera se vuelve a una dimensión social ya que el catedrático de Filosofía terminará por centrarse en el mercado cultural. Planteándose cuestiones sobre la existencia (o la necesidad de la existencia) del arte remitiéndose a la *Estética* de Lukács, Rodríguez García construye un discurso que de nuevo desplaza al lector de una dimensión colectiva a una más individualizada, pero esta vez centrándose en el proceso productivo: «el origen de la poesía

estaría fecundado por los cantos del trabajo que se airean, ciertamente, en un período “en el cual el comunismo primitivo se ha disuelto” (Lukács)» (p. 127). A pesar de estas indudables formas colectivas de lo poético, a partir de la época moderna y de ejemplos creativos emblemáticos como los de Coleridge o Baudelaire, resulta obvio el desplazamiento del interés intelectual: «ya no se trata de magnificar las heroicidades indudables del pueblo y de sus héroes representativos, sino de reproducir el pensamiento íntimo del artista» (p. 133). El objeto estético se interioriza y la subjetividad podría convertirse en el elemento esencial para la comprensión del objeto artístico. Pero Rodríguez García quiere centrarse sobre todo en la presencia de la subjetividad como motor de la activación del esfuerzo poético. Y la pregunta a la que llega con estas reflexiones, profundizadas con las teorías estéticas de Lukács, Barthes y Abrams, y pensando en estilos egemónicos, es la siguiente: si el poema no es sino la expresión de una apuesta individual por aspectos llamativos de la realidad, ¿para qué la lírica hoy?

La de Rodríguez García podría ser una provocación, porque realmente lo que está cuestionando no es tanto el sentido de la lírica, sino su repercusión social, cuya potencia a veces se ve disminuida según la menor o mayor calidad que le presta la crítica. La dimensión social de la poesía es hoy en día la de una industria cultural que «parece ser el instrumento idóneo para impedir la manifestación o aparición de una individualidad soberana y, a un tiempo, anhelante del encuentro con el otro» (p. 170). Por lo tanto, como afirma rotundamente el catedrático, «ya no hay lugar para la poesía-lírica si se pretende que sus trompetas resuenen en el universo de la concentración marcada por la industria cultural. [...] Se amplían los límites de la subjetividad hasta el extremo de que la figura del cliché ha terminado por

subsumirlo todo y nada recuerda la emblemática figura del poeta que relataba su mundo. [...] Existe un objetivo de aniquilación que persigue la clicheanización de la subjetividad» (p. 174). La conclusión a la que llega Rodríguez García es que la subjetividad se ve uniformada, provocando una «militarización (in)sana de los transeúntes» (p. 175). Considerando estas desarmantes reflexiones, entre las diferentes definiciones de poesía propuestas en el libro, quizás la de Rodríguez García sea la más contundente y acertada: «la poesía es un libro blanco. Nada más» (p. 176).

Frente a discursos por el estilo, y siguiendo las pautas de Romo Feito en el último de los ensayos, «parece como si el espectro de la muerte del arte tuviera que aparecer por fuerza [...] y debemos preguntarnos si la hermenéutica tiene algo que decir al respecto» (p. 179). Romo Feito encuentra una respuesta a la pregunta “¿para qué poesía hoy?” en un recorrido a través de las palabras de Platón, Heidegger y finalmente Gadamer, cuya respuesta es clara: «como si transmitieran un mensaje confidencial, [los poetas] han bajado el tono de voz y nosotros hemos de esforzarnos para comprender: “En una época de potenciación eléctrica de la voz, solo la palabra silenciosa encuentra lo común del Tú y del Yo en la palabra y conjura, así, lo humano” (Gadamer)» (p. 203).

Todos los autores del libro han abordado el espectro de la muerte de la poesía: «hemos visto que mientras el poeta sigue interrogándose por la palabra lírica, según el sociólogo el mercado no deja espacios para lirismos; para el filósofo no hay subjetividad que no sea hoy en serie; para el teórico el destino final de la poesía es la prosa (o la canción)» (p. 211). Tiene razón Romo Feito cuando afirma que quizás la única respuesta con potencia (y posible) sea la de Rodríguez García: «es más honesto dejar la cuestión abierta» (p. 211).